

## II

Las hermanas María y Cecilia Sobrino.—Sus méritos.—Su semejanza espiritual.—  
Sus primeros años.—Toman el hábito de Carmelitas Descalzas.—El Convento de  
Valladolid.—Preferencia que por él tuvo Santa Teresa de Jesús

La semejanza entre las dos hermanas María de San Alberto y Cecilia del Nacimiento, es muy grande. No solamente su talento tuvo manifestaciones análogas, sino que en sus virtudes, en su vida de penitencia y devoción, en la expresión de sus afectos y en la inspiración que dictó sus poesías, se observa claramente la igualdad espiritual.

*María de S. Alberto*  
*indigna carmelita descalza*

*Cecilia del*  
*nacimiento*

Su hermano Fray Diego, en el manuscrito tantas veces aludido, se refiere a esta identificación moral de ambas, consecuencia de una educación en un todo igual, y dice: «Poco pudieron alcanzar de la enseñanza de su madre mis dos hermanas, por haber quedado muy niñas cuando ella les faltó; pero no pudieron dejar de heredar las habilidades y gracia de naturaleza como los demás. Supieron de la Gramática lo suficiente para entender lo que la Iglesia canta en sus Sagrados Evangelios. Ambas hacen bien poesía cuando se ofrece ocasión de celebrar a sus solas alguna gran festividad, como la del Niño Jesús en su nacimiento, y en materias espirituales andan suyas algunas versiones de Salmos en versos líricos a modo de los del P. Fray Luis de León... Ambas hermanas pintan y bordan y hacen otras labores de mano propias de mujeres, cuales son cadenetas y matices de seda y oro con grande limpieza y bien entendidas, porque saben de dibujo. Por sus gracias y dotes naturales, especialmente la música,

las recibían de balde en el Real Convento de las Huelgas; pero ellas nunca se inclinaron a otro estado sino el de la Descalcez. Y es quel Señor, que «cognovit figmentum nostrum» como conoce el artífice lo que es obra de sus manos, como nuestra masa, nuestras inclinaciones, nuestros ingenios y caudales y el natural de cada uno, toda su Providencia es ponerle en el estado en que logre mejor lo que Su Majestad le dió... Con esa Providencia llamó a nuestras hermanas a la Descalcez; y cuando hubieron de entrar en el convento de Valladolid, no había lugar para ambas, porque nuestra Madre Santa Teresa, con particular luz del cielo, tasó el número de sus hijas, señalando 20 para cada convento, y a lo sumo 21.»

Por su parte, la propia Madre María de San Alberto, al hablar de los méritos y virtudes de su madre, escribe lo siguiente:

«Porque no se piense el haber sido yo tan ruin y llena de culpas haya procedido de menos buena crianza de mis padres, diré aquí de la manera que criaban sus hijos como tan grandes cristianos. Lo primero enseñándoles las obligaciones de serlo, como es rezar y lo demás y vivir en santo temor, y luego en el ejercicio de las letras y otros ejercicios según sus buenas habilidades, con que se entretenían virtuosamente los ratos que les quedaba del estudio. Y que sus palabras fuesen «sí, sí», «no, no», como dice el Evangelio. No había de haber juramentos ni mentiras, ni maldiciones ni juegos, ni comedias, ni otras cosas semejantes, sino recogimiento, paz y humildad. Sin haber mío ni tuyo entre los hermanos, todo era de todos como si fuera un convento de religiosos, usando cada uno de lo necesario conforme sus ejercicios.

»A nosotras las dos hermanas nos enseñó mi madre desde tan pequeñas la Doctrina Cristiana, y a leer romance y latín, que nos hallamos sabiéndolo sin acordarnos cuándo lo deprendimos. Y otras muchas labores y música sabíamos cuando murió, que fué a los cincuenta y un años de su edad, y yo quedé como de doce a trece, y la M<sup>e</sup>. Cecilia del Nacimiento de once poco más o menos, y ya sabíamos, demás de lo dicho, escribir y algo de la gramática, que con poco más que viviera mi madre la supiéramos toda. Y otras muchas cosas nos enseñaba, como dibujar, bordar y hacer todas las demás labores curiosas y caseras, y el canto de órgano, y yo sabía tañer el clavicordio, que para tan poca edad era mucho (27). Como mi madre sabía tanto

(27) A esto agrega la M. Petronila de San José: «Demás destas habilidades solían pintar, poesía, contar, tañer vigüela y cantar; tenían muy lindas voces y todo lo hacían con gran perfección y destreza. Aunque lo que pongo en este margen no lo dice Nra. M<sup>e</sup> María de San Alberto, pero vílo yo muchos años».

y tenía tan bebida la Biblia, con lo que nos entretenía en lugar de otras patrañas que algunas madres suelen contar a sus hijas, nos contaba cosas de la Sagrada Escritura y contaba cosas della, y aunque yo entonces no lo percibía tanto, agora, cuando agora topo con la de Amán y Mardoqueo, se me acuerda que nos la contó.

»Preguntéla una vez: Señora, adónde estaba Dios antes que hiciese el mundo? Respondióme blandamente: Niña, en sí mismo.

«Olvidábaseme de decir que siendo pequeña (aunque usé tan mal del uso de la razón antes y después, y de tantas culpas), por otra parte gustaba de ayudar a mis dos hermanitos, a la Me. Cecilia del Nacimiento y al P. Fray Sebastián de S. Cirilo, que haciendo disciplinillas de alfileres nos dábamos con ellas y con ortigas, y gustábamos de este juguete y de hacer Monasterios como que éramos religiosos, que parece profecía de lo que después fué» (28).

María tuvo más resuelta vocación al estado religioso. Cecilia, de carácter más abierto, gustó en su adolescencia de lícitas distracciones, y aun hizo gala de su discreción y encantos; pero bien pronto sintió el impulso de abandonar el mundo y consagrarse al servicio de Dios. Acordaron, pues, realizar juntas su determinación, «y aunque por sus grandes habilidades y virtud—dice la citada Madre Petronila de San José—eran las dos hermanas codiciadas en los conventos más graves de esta ciudad, y sus hermanos las concertaron de entrar en las Huelgas, donde su madre está enterrada y todos tenían mucho conocimiento, no quisieron las dos hermanas sino seguir el llamamiento de Dios a lo más perfecto y lo dijeron con resolución a los hermanos mayores, que después de la muerte de su madre cuidaban de ponerlas en estado. Viendo su determinación como tan cristiana, no quisieron dejar de ejecutar sus santos deseos, y así lo trataron en este Convento con nuestra Venerable Madre Dorotea de la Cruz, que entonces era Prelada dél. Concertóse la entrada con grande consuelo de todas partes. Tomaron el santo hábito las dos hermanas día del glorioso San Antón Abad del año de 1588. Tenía la Madre María de San Alberto 19 años y la Madre Cecilia 17 no cumplidos. Pasaron su noviciado con grandes fervores y perfección, ejercitando todas las virtudes con notable cuidado. Diéronse desde el primer día con particulares veras a la oración, o por mejor decir, continuaron con ellas este santo ejercicio con que ya venían muy adelante.»

Añade la Madre Petronila de San José que fueron «unas en el espíritu estas dos santas hermanas, como lo fueron en la hermandad

---

(28) En las *Virtudes de la M.<sup>e</sup> Cecilia del Nacimiento*, por la M. Petronila de San José. Mss. en el Convento de la Concepción del Carmen de Valladolid.

de la sangre. «Tan a una—escribe—corrían y volaban en el camino de la perfección, que apenas se podía hacer diferencia cuál se aventajaba más en ella. Las religiosas las tenían por dechado y las amaban tiernamente; la Prelada mucho más, porque hacía mayores y continuas experiencias de sus sólidas virtudes y de las gracias espirituales y naturales de que Dios las había dotado. Recién venidas bordaron el terno de brocado que tenemos, con otra religiosa ya profesada, fuera de la imaginaria que se hizo en el Escorial. Y hicieron otras muchas cosas curiosas desde entonces hasta el fin de su vida, porque todo lo de importancia que se ofrecía para nuestra sacristía o para fuera, casi siempre se les encargaba a ellas.»

Tan unidas estuvieron ambas hermanas, que aun en el amor divino se juzgaron identificadas. La Madre María, al hablar de las mercedes recibidas de Dios, cuenta que hallándose el año 1628 en la ermita de la huerta del convento, practicando unos ejercicios, el Señor se la mostró de esta manera: «Vía dos brazos larguísimos y muy iguales que me parece salían de la custodia, que no sé cómo pueda yo significar el amor y piedad que en ello venía, y deleitándose la vista interior con ver esto, también se deleitaba el oído con estas palabras que dijeron: *Para abrazar a las dos hermanas*. Y no me dijeron «a ti y a tu hermana», sino «a las dos hermanas», conociendo y viendo yo claramente que éramos la M. Cecilia del Nacimiento, mi hermana, y yo las que habíamos de ser abrazadas con aquellos divinos y poderosos brazos; y díjele a Nuestro Señor: ¿qué brazos son estos? Al punto, casi aun antes de acabar la pregunta, estaba respondida, y fué con unas palabras para ambas de gran favor.»

El convento de la Concepción de Nuestra Señora del Carmen, de Valladolid, cuarta fundación de Santa Teresa, era el situado en los terrenos que habían sido de Alonso de Argüello, adquiridos a tal fin por doña María de Mendoza, bienhechora de la orden; esto es, el mismo que hoy sigue ocupando.

Santa Teresa, en el capítulo X de *Las Fundaciones*, escribe lo siguiente, sobre la fundación del convento de Valladolid: «Antes que se fundase este monasterio de San Josef en Malagón, cuatro o cinco meses, tratando conmigo un caballero principal, mancebo, me dijo que si quería hacer monesterio en Valladolid, que él daría una casa que tenía, con una huerta muy buena y grande que tenía dentro una gran viña, de muy buena gana, y quiso dar luego la posesión; tenía harto valor. Yo la tomé, aunque no estaba muy determinada a fundarle allí, porque estaba casi un cuarto de legua del lugar; mas parecióme que se podría pasar a él, como allí se tomase la posesión; y como él lo hacía tan de gana, no quise dejar de admitir su buena obra, ni estorbar su devoción.

»Desde a dos meses, poco más o menos—continúa—, le dió un mal tan acelerado que le quitó el habla, y no se pudo bien confesar; aunque tuvo muchas señales de pedir a Dios perdón. Murió muy en breve, harto lejos de donde yo estaba. Díjome el Señor, que había estado su salvación en harta aventura, y que había habido misericordia dél por aquel servicio que había hecho a su Madre en aquella casa que había dado para hacer monesterio de su Orden, y que no saldría de purgatorio hasta la primera misa que allí se dijese, que entonces saldría. Yo traía tan presente las graves penas de esta alma, que aunque en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entonces y me dí toda la priesa que pude para fundar como pudiese en Valladolid.»

Aunque Santa Teresa no da el nombre de este caballero, consta que fué don Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Rivadavia y hermano de don Alvaro de Mendoza, obispo de Avila y luego de Palencia, y de doña María de Mendoza, noble señora casada con el comendador Francisco de los Cobos.

Santa Teresa, deseosa de conseguir cuanto antes la salvación eterna de don Bernardino, llegó a Valladolid el día 10 de Agosto de 1568, festividad del mártir San Lorenzo. La casa y huerta cedidos por aquel caballero para la fundación, estaban en el lugar llamado *Río de Olmos*, junto al Pisuerga, no lejos de la Puerta del Campo, y en uno de los sitios más amenos de las cercanías donde tenían los nobles sus *casas de recreación* (29).

La Santa, no obstante, advirtió que el predio de don Bernardino no era lugar a propósito para el fin a que había de destinarse. «Y como ví la casa—escribe—, díome harta congoja; porque entendí

---

(29) El poeta vallisoletano Damasio de Frías escribía por entonces lo siguiente: «Ay, señor, en esta ribera toda, en espacio de media legua de una y otra parte de la puente, río abaxo y río arriba, tantas huertas con sus casas de placer, que cierto es cosa de maravilloso contento a la vista, y no he visto yo lexos ni frescuras en lienços de Flandes pintados tan hermosas como parecen vistas de algún alto estas huertas y casas, en cada una de las quales se puede aposentar qualquiera señor con mucha comodidad, principalmente en la huerta de doña María de Mendoza, de doña Beatriz de Noroña, del Abad de Valladolid, del Marqués de Tauara, de Luis Sosteni, de la Condesa de Lemos, la del Almirante de Castilla, la del Marqués de Frómesta; la de la Condesa de Salinas, de Gonçalo de Portillo, de Don Juan de Granada; finalmente, ninguna, señor, que son muchas, dexa de tener muy commoda y bastante habitación y aposento para su dueño» (Alonso Cortés: *Miscelánea Vallisoletana*, segunda serie, pág. 128, *Diálogo en alabanza de Valladolid por Damasio de Frías*).

La huerta de don Bernardino de Mendoza—la misma que Damasio de Frías dice de doña María—, se conoce hoy por *Ribera de los Ingleses*, por pertenecer al Colegio o Seminario de Ingleses establecido en Valladolid. En parte de ella, se ha establecido últimamente el *Estadio Municipal*.

era desatino estar allí monjas, sin muy mucha costa. Y, aunque era de gran recreación por ser la huerta tan deleitosa, no podía dejar de ser enfermo, que estaba cabe el río.» El día que se dijo la primera misa, la Santa vió cumplido su férvido deseo de salvar el alma de don Bernardino. «Viniendo el sacerdote—dice—adonde habíamos de comulgar, con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo a recibirle, junto al sacerdote se me representó el caballero que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre. Puestas las manos, me agradeció lo que había puesto por él para que saliese del purgatorio; y fuéese aquel alma al cielo» (30).

No pasaron muchos días cuando casi todas las religiosas, incluso la Santa, cayeron enfermas. En vista de ello y atribuyéndolo a lo insano del sitio, doña María de Mendoza se ofreció a comprar otra casa, a cambio de la de Río de Olmos. Mientras esto se hacía, doña María las llevó provisionalmente a su propio palacio, magnífico edificio situado frente a la iglesia de San Pablo, que años más tarde perteneció al duque de Lerma y fué por último palacio real (31).

Doña María de Mendoza compró entonces a doña María Hernández, como tutora y curadora de su hijo Alonso de Argüello, la casa y suelo en que había de establecerse definitivamente el convento. «Hízose esta traslación—escribe Fray Francisco de Santa María—a tres de febrero del año siguiente de sesenta y nueve. Fué la procesión solemnísimas. Porque además de la grande opinión que las religiosas habían cobrado, la estima que todo el pueblo, grande y pequeño, seglar y eclesiástico, tenían de aquella señora, era tan grande, que por darle gusto y servirla, a cualquier cosa salieran. Acompañó la procesión el señor Obispo de Avila, que se quiso hallar presente, con toda la clerecía y religiones. Los caballeros, los títulos, los grandes que allí tienen casas, asistieron. Todos quisieron tener parte en aquella religiosísima acción. El aparato y adorno de las calles, las luces, los per-

(30) Sobre este hecho portentoso pintó un cuadro el gran Rubens (V. José María González de Echávarri y Vivanco: *Santa Teresa de Jesús en Valladolid*, pág. 20).

A más del *Libro de las Fundaciones*, puede verse, para lo relativo a Valladolid, Fray Francisco de Santa María: *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*, t. I, pág. 252 y sgtes., y P. Silverio de Santa Teresa: *Historia del Carmen Descalzo*, t. III, pág. 163 y sgtes.

(31) Hoy es Capitanía General.

El P. Bonifacio del Moral y algún otro autor han dicho erróneamente que el palacio de doña María estaba situado en terrenos próximos a los que hoy ocupa el teatro de Calderón, junto a la iglesia del Rosarillo. Sobre este punto puede verse un interesante artículo de don Juan Agapito Revilla en el *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, 191, pág. 529.

fumes de la procesión, fué cosa muy superior. Y todo lo colmaba la presencia de nuestra Santa Madre, a quien ya todos miraban como a moradora y grande en el cielo.»



Convento de la Concepción de Nuestra Señora del Carmen  
(Valladolid)

La Santa tuvo hasta el fin de su vida gran cariño a este convento de Valladolid. Visitóle siempre que tuvo ocasión, y con su presencia estimulaba la devoción y virtudes de sus religiosas. Para dar el ejemplo, sometíase a la obediencia de la Priora como una de tantas. Cierta día, cuenta el P. Santa María, hallándose las religiosas recogidas en

oración, volvió la Santa la cabeza para escupir, con lo cual produjo algún ruido. Sin saber quién hubiera sido, la Priora dijo: «Sálgase allá fuera quien hace ese ruido»; y la Santa se levantó y salió inmediatamente.» Otras veces, cuando la Santa estaba entregada a sus arrobamientos, ordenábala la Priora marchar a comer, cosa que hacía sin la menor observación, y entre la admiración de sus hijas. Frecuentemente dirigía a éstas sentidas pláticas, que ellas escuchaban rendidamente. Tal predilección llegó a sentir por el convento de Valladolid, que en cierta ocasión—30 de Diciembre 1875—escribía lo siguiente a la Priora, que era su prima la Madre María Bautista: «Si me dejaran, ya yo estuviera con v<sup>ra</sup> ve.; porque me notificaron el mandamiento del Reverendísimo que es que escoja una casa adonde esté siempre y no funde más.» Eso que en Valladolid cayó enferma más de una vez, hasta el punto de que, con referencia al año 1579, escribía lo siguiente en el capítulo XXIX del *Libro de las Fundaciones*: «Llegada a Valladolid dióme una enfermedad tan grande, que pensaron que me muriera.» También en 1582 padeció un gran catarro y un poco de perlesía.

Los cronistas de la orden ponen a las monjas del convento vallisoletano como ejemplo de las más perfectas en virtudes, observancia y devoción, y citan muchos casos por todo extremo elocuentes. Monjas como Catalina de la Asunción, Francisca de Jesús, Catalina Evangelista y otras muchas, dejaron memoria de los extraordinarios favores y mercedes recibidos por el favor divino. En los años 1630 y 1631 se padeció mucha necesidad en todo el país, y las religiosas de la Concepción del Carmen Descalzo de Valladolid no solamente hallaron recursos para su propio sustento, sino que pudieron atender al socorro de muchos pobres, a quienes diariamente daban comida.

Este convento se conserva actualmente en forma casi igual a como estaba en tiempo de la Santa. La celda de ésta, donde tuvo su alojamiento siempre que permaneció en Valladolid, es hoy oratorio, y guarda venerabilísimos recuerdos de la Santa, como son el manuscrito autógrafa de la segunda redacción del *Camino de perfección* (32) y la mejor colección de cartas originales que se conoce. La iglesia, con excepción del altar mayor, que fué regalado en el siglo XVII por la marquesa de Camarasa, patrona del convento, tampoco ha sufrido variación.

En este convento fué donde, a 17 de Enero de 1588, tomaron el hábito las hermanas María de San Alberto y Cecilia del Nacimiento.

---

(32) Don José María Aguado, en su edición del *Camino de perfección*, publicada en *Clásicos Castellanos*, puso en forma de notas las variantes de este manuscrito respecto al del Escorial.